

## LA IGLESIA Y LAS ORGANIZACIONES DE BASE

La tesis de este artículo es la siguiente:: lo que la situación histórica de América Latina exige de la Iglesia es que se constituya en Iglesia de los pobres, porque sólo así responderá a lo que debe ser y sólo así podrá contribuir cristianamente a la liberación de América Latina. La exigencia de constituirse en Iglesia de los pobres es así una exigencia histórica (cara política del problema) y una exigencia teológica (cara transpolítica). Dada la brevedad del artículo se insistirá sobre todo en lo que la exigencia tiene de teológica, pero manteniendo como trans-fondo y presupuesto lo que tiene de histórica. Supondrá esto una aproximación, fundamentalmente teológica, al problema práctico de la conexión que pueda darse entre la Iglesia y las organizaciones de base, pues se mostrará en qué sentido la Iglesia misma debe concebirse en América Latina como una organización de base.

1. El "lugar" más apto de la lectura y de la praxis de la fe cristiana

El problema del lugar más apto de la lectura y de la praxis de la fe se plantea desde el momento en que surge la sospecha de que el "lugar", desde donde se interpreta y se realiza algo, es decisivo para el resultado de la interpretación y de la realización. Tanto más decisivo cuanto de forma más o menos "inconsciente" se pone en el objeto de estudio o de realización intereses, que responden a la instalación en ese lugar. Si esto es así en cualquier interpretación y realización de alguna importancia vital, lo es de modo singular en el caso de la fe cristiana, que tan de lleno toca a la totalidad de la vida y a sus intereses más



profundos.

De este problema se pretende salir mediante el recurso a un análisis teórico, que se autoproblama inmune a cualquier proclividad ideológica. Pero esto no es ~~funcionante~~ suficiente en el caso de la fe cristiana, que tiene características para las que el análisis científico no tiene adecuación completa. Y esto no porque la fe sea cosa de sentimientos o se refiera a realidades en modo alguno comprobables (ni validables ni falsables), sino porque dice relación esencial a una praxis, sin la que es incomprendible, porque no es lo que es. La plenitud de la fe no se alcanza sin una praxis precisa y esta praxis exige una determinada "colocación" comprometida, esto es, un "lugar" bien preciso.

Lo cual no implica que la praxis cristiana se evada de cualquier crítica no cristiana. Y no lo implica, en primer lugar, porque esa praxis cristiana tiene una vertiente histórica que la significa y que, como tal, está sujeta a crítica; en segundo lugar, porque como praxis cristiana se presenta con frecuencia algo que ~~no~~ es praxis mundana recubierta de ornamentación cristiana; y, en tercer lugar, porque es posible que la crítica provenga de un "lugar" cristiano más o menos implícito, pues posiblemente surge de una exigencia real, a la cual pretendería responder la fe cristiana. Ejemplos correlativos a las tres razones serían: el poder de la fe toma formas de poder social y político; la connivencia "religiosa" con los intereses y los modos de los dominadores; la necesidad de que los pobres sean liberados. Por las tres razones y en los tres casos está plenamente justificada una crítica de la praxis cristiana, aun por



aquellos que se proclaman no cristianos.

Lo que sí implica es que la totalidad de la fe cristiana y, por tanto, la posibilidad plena de crítica recuepradora sólo es posible desde un determinado lugar. ¿Qué lugar?

La respuesta tiene que ver con el "pueblo", concepto que iremos determinando paulatinamente, al ir dando las razones de la respuesta.

Ante todo, porque es al pueblo al que va dirigido el mensaje de salvación y porque el mensaje de salvación se presenta en términos de liberación. Pueblo no es, por tanto, cualquier conjunto de hombres, sino aquel conjunto o comunidad que necesita y quiere ser liberada. Pueblo es aquella comunidad de hombres, que ha sido elegida por Dios como especial morada suya y que, por habitar de modo especial en ella el Espíritu de Jesús, tiene la misión de anunciar y realizar la salvación entre los hombres. El llamar, sin embargo, a este pueblo "pueblo de Dios" puede llevar a confusiones, porque el pueblo de Dios no es pueblo en contraposición a los jefes, sino que es pueblo primariamente frente a quienes le impiden realizar su condición de hijos de Dios; no es, por tanto, pueblo un concepto intra-ecclesial, sino que el polo opuesto desde el que debe entenderse se sitúan en la estructuración de la historia. Sólo cuando el jefe o la institución se pone del lado opresor por comisión o por omisión, se daría una oposición intra-ecclesial.



En segundo lugar, donde es más realizable y alcanza su sentido más completo el mensaje de salvación es en el pueblo, porque en tanto que pueblo es elegido por Dios: "su brazo intervie-

ne con fuerza, desbarata los planes de los arrogantes, derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos despide de vacío" (Lc 1, 51-53). Pueblo es, entonces, el no arrogante, el no poderoso, el no rico, esto es, el que no tiene arrogancia ni poder precisamente porque no es tico. Debido a ello es elegido por Dios para ser el receptor primario de su salvación: "el Espíritu del Señor esta sobre mí, porque él me ha ingudo para que de la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor" (Lc 4, 18-19; Is. 61, 1-2). Y así los demás hombres, sólo si se hacen como uno de estos puede comprender el don de Dios y puede dar frutos de salvación.

En tercer lugar, porque el sentido mismo de la salvación cristiana aparece como respuesta a la necesidad doliente, de quien en su sufrimiento desvela la gravedad del pecado que le oprime. Y esta es la novedad de la fe cristiana como diferente a lo que buscan las "religiones" -incluida la cristiana, cuando en vez de posibilitar la fe la dificulta- convertidas en partes estructurales del todo social. Estas religiones, así constituidas en elementos de un sistema social injustamente configurado, puede que se conviertan en suavizadores del engranaje social, pero en el mejor de los casos el pueblo es para ellas, como para el resto de las instancias de poder, un objeto de misericordia o de condescendencia y no un sujeto primario de iniciativa y de configuración de la sociedad. Al contrario, en la fe cristiana - y es



ese uno de sus radicales momentos subversivos- el pueblo es el protagonista de la acción creyente, precisamente porque en el banquete del mundo le colocaron en el último lugar. El cristianismo es de los pocos movimientos históricos que han defendido, al menos teóricamente, la fuerza de la aparente debilidad y el protagonismo salvífico de los más desheredados.

Finalmente, sólo cuando todos los creyentes configuren sus vidas por lo que es la necesidad real de los "primeros" del Reino, alcanzarán su plena salvación y harán que la salvación ofrecida por Dios a los hombres en Jesús se convierta efectivamente en luz de las naciones y en sal de la tierra. De lo contrario será luz bajo el celemín y sal ~~xi~~ sin sabor, que no sirve y debe ser desechada. El valor universal de la salvación cristiana -tan propugnado por quienes no quieren que se subrayen las diferencias sociales y sus consecuencias inevitables- no estriba en que la salvación caiga unívocamente sobre todos los hombres y clases sociales, sino ~~que~~ en que todos los hombres son llamados a convertirse, esto es, a volverse a aquel lugar que, por un lado, necesita más, pues su situación es en gran parte resultado del pecado del mundo, pero que, por otro, más carece de culpa pues es menor su participación en el pecado del mundo. En este ponerse al servicio de las demandas del pueblo oprimido estriba la posibilidad de salvación de todos los hombres, porque este servicio exigirá el dejar toda forma directa o indirecta de opresión y abrirá un campo sin límites al mandato del servicio y del amor.



Todo ello muestra que el lugar de interpretación y de praxis

de la fe cristiana es el pueblo, que sólo así entendido es el verdadero pueblo de Dios. Es efectivamente del pueblo así entendido de donde debe nacer la Iglesia nueva, una Iglesia no configurada decisivamente por las instancias dominantes de este mundo. Pero para que esto sea así, el nacimiento debe ser en el Espíritu y por el Espíritu.

## 2. El pueblo con Espíritu

El pueblo no se basta a sí mismo. Por muy fuerte y poco "popular" que pueda parecer esta afirmación, es difícil contradecirla históricamente. El conjunto de los oprimidos, si no es más que eso, no es lugar adecuado ni de salvación ni de liberación. Esto no significa necesariamente que lo que le falta tenga que venirle desde "fuera" de sí mismo, como si hubiera de ser un sujeto distinto del pueblo, el que ha de constituirle en pueblo salvador y liberador. Lo que significa por lo pronto es que se requiere algo, que vaya más allá de la pura conjunción de desgracias y sufrimientos. Los marxistas, por ejemplo, han dicho que no hay clase sin "conciencia" de clase, esto es, sin alguna "espiritualización" de la realidad objetiva. Sirva esto de referencia inicial para sostener la tesis de que se necesita una cierta "espiritualización" para que el pueblo sea salvador y liberador.

Pero una distinción debe hacerse inmediatamente. No se habla aquí del pueblo como unidad política que por medios formalmente políticos va en busca del poder político del Estado. Es ciertamente una tarea indispensable, que si él no la emprende nunca se la van a regalar. Pero es otro el tema que aquí nos ocupa: el del



pueblo que da nacimiento a la Iglesia, como comunidad de seguidores de Jesús en orden al anuncio y realización del Reino de Dios en la historia. Por mucho que esta Iglesia no cobre la plenitud de su realidad más que en el servicio de un pueblo que lucha por su liberación integral, no se confunde con una instancia preponderantemente socio-política. Una cosa es que la Iglesia tenga una esencial dimensión histórica y otra que su ser y actividad se agoten en un quehacer exclusivamente político. Consiguientemente entre las "organizaciones de base" entendidas como el pueblo mismo que se organiza políticamente y una "iglesia de los pobres" entendida como el pueblo con espíritu hay una múltiple aproximación, pero no hay identificación anuladora.

Pues bien, este pueblo que para desarrollar su misión política necesita de una concienciación y organización muy determinadas, para constituirse en iglesia de los pobres necesita nacer del Espíritu. Para ~~él~~ él vale también lo que dijo Jesús a Nicodemo: "Pues sí, te aseguro que si uno no nace de nuevo no podrá gozar del reinado de Dios" (Jn 3,4), ya que de la carne nace carne, mientras que del Espíritu nace el espíritu. Y este Espíritu ha de recibirse de Jesús, que en el día más solemne de las fiestas gritaba: "quien tenga sed, que se acerque a mí; quien crea en mí, que beba", para que ~~de~~ su entraña manen ríos de agua viva (Jn 7, 38-39). No se trata aquí inmediatamente -conviene recalcarlo- ni de una referencia sacramental al bautismo como si bastara con recibir las aguas bautismales para recibir el Espíritu, ni se trata tampoco de la recepción de una persona de la Trinidad. Se trata más bien del Espíritu de Jesús. ¿Qué es este Espíritu?



El Espíritu de Jesús tiene, por lo menos, dos vertientes fundamentales: una que se refiere al Dios que Jesús confiesa como su Padre y otra al modo como Jesús establece su relación con Dios en la realización de su vida y en la praxis de su misión. No puede negarse que en el Nuevo Testamento, el Espíritu tiene una cierta exterioridad -bien íntima, por cierto- respecto de Jesús, en cuanto es movido por él, es fortalecido y ungido por él, etc.; pero tampoco puede negarse que esta unción del Espíritu hace que Jesús sea y actúe de un modo determinado, de modo que ese ser y esa actuación son como el sello mismo del Espíritu, su presencia encarnada y vivificante. Pues bien, es este Espíritu de Jesús el que necesita el pueblo para convertirse en instrumento de salvación. A su vez, este pueblo, así espiritualizado, es quien mejor puede representar la presencia del Espíritu en el mundo y puede, por consiguiente, convertirse en el "resto" eclesial. Pero esto requiere una correcta visión de esta "espiritualización", que debe ser como la de Jesús y no de otro tipo.

En efecto, si por un lado es menester distinguir con firmeza lo que es continuación de la vida de Jesús respecto de lo que son otras formas legítimas y necesarias de intervención política en la historia, por otro es necesario asimismo dar a la continuación y prolongación de la vida de Jesús todo su imprescindible realismo histórico y político. Por lo que toca al primer aspecto hay que distinguir, a su vez, entre lo que es seguimiento de Jesús y lo que es proyección sobre otros terrenos y otros modos de vida que no fueron los de Jesús, ni son su continuación histórica obvia. Es cierto que la historicidad del seguimiento no debe confundirse con la imitación mecánica ni puede ser ajena a encarnaciones his-





tóricas muy concretas; pero no por ello cualquier praxis histórica y política, por muy comprometida que esté en favor de los oprimidos es sin más -tal vez ni lo pretande ser- la praxis de Jesús. Y, sin embargo, del mismo modo en que se insiste en la diferencia debe insistirse en la necesidad de realización histórica, que compete al seguimiento de Jesús. Tal realización histórica exige de quienes se sienten llamados a predicar y realizar el Reino de Dios exclusivamente al modo del Jesús histórico, que lo hagan en la misma línea y que lo lleven a las mismas consecuencias personales y públicas -choque con los poderes establecidos y lucha hasta la muerte con ellos- a las que llegó Jesús, asesinado por los poderosos de su tiempo; exige de quienes se sienten llamados a otro tipo de actividad más política, siempre en servicio del Reino y con el espíritu de Jesús, que esa actividad quede configurada en su proyecto y en los modos de realización por lo que es consecuencia histórica del espíritu de Jesús.

Esto implica que Jesús viva realmente dentro de aquellos que dicen seguirle y que el Espíritu fecunde al pueblo. Ni aquella vida ni esta fecundación deben entenderse "místicamente" ni tampoco de un modo puramente recordatorio. Es, más bien, una presencia real y creativa; una prueba de que Jesús sigue vive en la historia y sigue realizando hasta su consumación la tarea que inició en su etapa histórica; algo que se hace carne y continúa así su creatividad y eficacia históricas.



La verdad de esta presencia eficaz del Espíritu debe probarse en una serie de signos insustituibles. Uno de los más significativos es el de que los pobres sean evangelizados, con el consiguien-

te escándalo. Si a este escándalo adjuntamos la persecución que desata la realización del espíritu de Jesús en la historia, se comprenderá mejor lo que es este signo: el ponerse del lado de los más oprimidos tiene que suscitar forzosamente el escándalo y la persecución de los opresores, sobre todo de aquellos opresores que pecan contra la luz -y pecan contra el espíritu santo- al no reconocer su pecado de opresión. Signo escandaloso que unifica las bienaventuranzas de Jesús con la lucha por la justicia.

Precisamente las bienaventuranzas por su preferencia escandalosa en favor de los pobres y oprimidos supone una contradicción permanente y efectiva contra los poderes de este mundo; consiguientemente una lucha por la justicia y una persecución inevitable. No hay espíritu de las bienaventuranzas donde no hay contradicción de los opresores y donde no hay persecución por parte de ellos; por otro lado, la contradicción y la persecución cristianas serán las que resulten de la puesta en marcha histórica de las bienaventuranzas, entendidas en el conjunto de la historia de salvación.

Cuando el Espíritu así entendido se hace carne en el pueblo de Dios, tenemos la verdadera Iglesia de Cristo. Si se permite una reinterpretación de la bienaventuranza de Mateo, la Iglesia debe estar constituida en su núcleo principal por pobres con espíritu, esto es, por pobres reales que vivan realmente del Espíritu de Jesús. Suele decirse que el pobre, no es santo y agente de salvación por el hecho de ser pobre sino que necesita ser salvado y liberado de su pecado. Efectivamente es así. Ya el marxismo habla de un pueblo -el Lumpen- que no está en condiciones de



liberar. Sin embargo, el cristianismo atribuye un papel singular a los más necesitados y oprimidos, por poca conciencia que tengan de su opresión y por poco capaces que se encuentren para promover movimientos revolucionarios; en su nuda necesidad y opresión tienen un valor profético y representan una llamada a la verdad de las relaciones entre los hombres, oscurecida y disimulada por una compelja serie de apariencias falsas. Pero no representan ese valor profético en cuanto configurados por el pecado histórico del mundo y en cuanto pueden ser exponentes personales tanto del pecado histórico como de determinadas ~~en~~ tendencias naturales. Más en cualquier caso siempre contarán con un "despojo" material, que está más próximo al anuncio evangélico de lo que están aquellos que deben "despojarse" para no ahogar la Palabra de Dios. Sin embargo, ~~no~~ realmente "despojados", en ~~cuando~~ llenos del Espíritu no buscan su instalación personal en el banquete de este mundo, sino la desaparición de las condiciones reales del despojo violento, son el verdadero pueblo, que movido por el Espíritu de Cristo, puede llevar adelante la salvación histórica y con ella la liberación.

Esto permite subrayar una de las características esenciales del pobre evangélico. Su elemento esencial no estribaría en la extrema escasez de bienes materiales -aunque en determinadas circunstancias una abundancia relativa sería difícilmente conciliable con la perfección cristiana-, sino en algo más radical. Pobre sería el que se pone a favor de los más necesitados y ~~ya~~ oprimidos para luchar juntamente con ellos en orden a la desaparición de las condiciones estructurales y personales de su necesidad y opresión y que, por



lo mismo, se ven perseguidos por quienes son responsables conscientes o inconscientes de esa necesidad y opresión. Si esta posición la toma en seguimiento de Jesús y la vive con el espíritu de Jesús, estamos ante el pobre auténticamente cristiano, que puede anunciar en plenitud el Reino de Dios y que, por tanto, se constituye en núcleo esencial de la Iglesia.

Este es, entonces, el verdadero pueblo, cuya existencia es indispensable no sólo para que resplandezca la plenitud evangélica, sino también para que el pueblo de los oprimidos alcance su liberación integral. El cristiano cree que si no ~~vive~~ se vive el Evangelio no puede haber salvación integral en esta vida, que el aporte cristiano es indispensable para la integral liberación histórica de los hombres: representa una actitud ante la vida y una fuerza vital sin las que el mundo no puede alcanzar ni la plena libertad ni la exigible plenitud. Sólo si al mundo de los pobres se le deja vivir la plenitud del cristianismo, sólo si se plenifica en sí mismo la presencia del Espíritu, será el mismo un pueblo salvador y podrá aportar a los demás la salvación. Yerran, en consecuencia, los que con prisas políticas no dejan que ese pueblo madure en sí mismo -la mejor ~~tierra~~ evangélica- la semilla cristiana.

Para la liberación histórica es indispensable que los oprimidos cojan en sus manos la bandera de la historia; igualmente para la salvación histórica han de convertirse en sujeto primario el pueblo con espíritu. Y este pueblo así renacido contribuirá de modo incalculable a la liberación histórica de los individuos y de los pueblos.



### 3. Iglesia de los pobres y comunidades de base

La base de la Iglesia es la Iglesia de los pobres. La base evangélica del Reino de Dios son los pobres y sólo los pobres puestos en comunidad pueden evitar la falsa institucionalización mundanizada de la Iglesia y pueden constituirse en sujeto de salvación histórica. La raíz última de por qué la Iglesia puede convertirse en opresora no está en su carácter institucional sino en su falta de compromiso con los más necesitados; su capacidad de liberación está en función de convertirse cada vez más en Iglesia de los pobres. La Iglesia de los pobres no es aquella Iglesia que, siendo rica y estableciéndose como parte de una estructura de poder, se preocupa de los pobres, ni es aquella Iglesia que, estando fuera del mundo de los oprimidos, les ofrece su ayuda. Es, más bien, una Iglesia, en que los pobres son su principal sujeto y su principio de estructuración interna, pues la unión de Dios con los hombres tal como se da en Jesucristo es históricamente una unión de un Dios en versión primaria al mundo de los pobres. Encarnándose entre los pobres, dedicando últimamente su vida a ellos y poniendo en juego su vida es como puede constituirse cristianamente en signo eficaz de salvación.

Quiénes sean estos pobres en la situación real del Tercer Mundo no es un problema para cuya solución se necesiten exégesis, análisis ni teorías. Como hecho primario, como situación real de la mayoría de la humanidad, no caben equívocos interesados. El norte orientador de la constitución histórica de la misión de la Iglesia, por lo que toca a su destinatario principal, no puede ser otro. No sólo representan los pobres la mayor parte de la humanidad



y, en este sentido, son lugar primario de universalidad, sino que, sobre todo, en ellos ~~está~~ especialmente la presencia de Jesús, una presencia escondida, pero no por eso menos real. Son los pobres el cuerpo histórico de Cristo, el lugar histórico de su presencia y son, por tanto, ellos la "base" de la comunidad eclesial. Dicho en otros términos, la Iglesia es cuerpo histórico de Cristo y sacramento de liberación en cuanto es Iglesia ~~de~~ de los pobres. La razón de ello estriba tanto en lo que es evangélicamente el juicio universal como en la esencia misionera de la Iglesia.

La Iglesia de los pobres hace así referencia a un problema básico de la historia de la salvación. Porque "pobre" no es un concepto absoluto y ahistórico, ni tampoco es un concepto profano o neutro. En el contexto de una historia de salvación el pobre aparece en una relación "dominado-opresor", en la que se dan ricos porque hay pobres y haciendo a los demás pobres relativamente, pues aun los pobres "naturales", esto es, no "históricos", se encuadran concretamente en un contexto histórico. Y esta relación no es puramente profana porque su especial dialéctica hunde sus raíces en lo que es esencial al cristianismo: el amor a Dios en el amor a los hombres y la justicia como lugar de realización del amor en un mundo de pecado. De ahí la singular importancia cristiana e histórica de una Iglesia de los pobres, cuya misión sería romper esa dialéctica en aras del amor para lograr así la salvación conjunta de las dos partes opuestas, que actualmente están anudadas por el pecado y no por la ~~gracia~~ gracia. Precisamente la evasiva de quienes suelen acudir al "siempre habrá pobres entre ustedes", se vuelve contra ellos, porque al desaparecer el



Jesús visible es cuando toman su puesto los pobres, en los que invisiblemente a los ojos del mundo, pero visiblemente a los ojos prácticos de la fe, se hace realmente presente.

Y en esta confluencia del pobre y del pecado se aproximan mutuamente comunidades eclesiales de base y organizaciones políticas de base, aunque manteniendo sus características propias. En la situación de injusticia ven las unas el pecado del mundo contra el que hay que luchar efectivamente con el poder del evangelio y de la institución eclesial, mientras que ven las otras el mal del mundo contra el que luchar con el poder de la técnica y de la organización políticas. En las "bases" ven unas a los pobres como presencia privilegiada de Jesús, que va dirigiendo la acción histórica de la Iglesia y ven las otras la clase social, que debe protagonizar la historia. La politización es el comienzo de la acción de las segundas, aunque vaya dirigida a la liberación integral, mientras que la salvación es el comienzo de las primeras, aunque vaya dirigida asimismo a la liberación integral. Unas y otras van dirigidas al hombre nuevo y a la tierra nueva, pero es distinto formalmente, si bien no siempre realmente, lo que unas y otras aportan a la novedad del hombre y de la tierra. Las primeras aportan a las segundas sobre todo una visión trascendente y personalizadora del mal y de la liberación, las segundas aportan a las primeras el realismo material de una praxis, que ~~xxx~~ obliga a situarse a la Iglesia no sólo en la realidad de este mundo sino en el lugar privilegiado de su autenticidad y de su misión.



Sería un error, por tanto, el separar absolutamente el ~~ser~~ ser y la acción de cada una de ellas, como sería un error confundirlas. Separadas -y mucho peor contrapuestas- se debilita el movimiento histórico de liberación y se empobrece lo que cada una de ellas puede aportar; confundidas, no sólo quedaría anulada una de ellas o entrambas ~~anula~~ desvirtuadas, sino que se imposibilitaría el mutuo enriquecimiento y la crítica permanente: si la autocrítica es indispensable, también lo es la heterocrítica cuando ésta radica en la misma "base", aunque proceda de un cuerpo distinto.

Ahora se entenderá por qué la Iglesia de los "pobres" no necesita cambiar su terminología para hacerse una Iglesia "proletaria", aunque tampoco puede caer en la trampa de universalizar o espiritualizar de tal modo la pobreza, que ya tenga poco que ver con las "bases" oprimidas que luchan por la liberación. Su predilección por los pobres es un compromiso con el pueblo oprimido y con las clases oprimidas, pero su adhesión al evangelio de Jesucristo es un compromiso para aportar a ese pueblo y a esas clases -y a través de ellos a todo el mundo- lo específico del mensaje cristiano, lo específico de la salvación cristiana.

Ignacio Ellacuría, director del Centro de Reflexión Teológica de la Universidad José Simeón Cañas, El Salvador,

